



MARÍA TERESA
ÁLVAREZ

JUANA DE CASTILLA

Intentaron quitarle todo cuanto era suyo.
Crearon la leyenda de su locura.
Y la encerraron durante
cuarenta y seis años.
Esta es su verdadera historia.

Juana de Castilla fue la reina con peor suerte de nuestra historia. Pudo ser la soberana más poderosa de su tiempo: reina de Castilla, León, Granada, Aragón, Navarra, Sicilia y las tierras de ultramar. Pero fue traicionada por todos los hombres de su vida: por su padre, el rey Fernando el Católico; por su marido, el archiduque Felipe el Hermoso, y por su hijo, el emperador Carlos.

Los tres ambicionaban algo que solo pertenecía a Juana porque, tras la muerte de Isabel la Católica, ella era la única propietaria de Castilla. Y los tres lo hicieron todo para anularla de todas las formas posibles. Crearon la leyenda de su locura para quitarle todo cuanto era legítimamente suyo y la confinaron durante cuarenta y seis años en el castillo de Tordesillas. Ninguno se apiadó de ella. Sin embargo, ella logró resistir hasta el final.

Esta es la verdadera historia de Juana I de Castilla, novelada y reivindicada con inigualable maestría por María Teresa Álvarez.

Índice de contenido

Atisbos de esperanza
Hermosos recuerdos
Heredera de Castilla
La infanta doña Catalina
Esplendorosa primavera
Cierta intimidad
Sospechas
Después de la tormenta
Lenta recuperación
Sonrisas en palacio
El anuncio de una visita inesperada
La reina recibe la visita de sus hijos
¿Dónde está la infanta Catalina?
Negros nubarrones
Algo se rompe para siempre
Triste primavera
La peste se extiende por Castilla
Llegan los comuneros
La Santa Junta se reúne con la reina
Adiós a los comuneros
Tres meses de sosegada incertidumbre
La infanta Catalina se defiende ante su hermano
Visita imperial
En la más absoluta soledad
Navidades en familia
En la oscuridad
Otros nietos la visitan
¿Endemoniada?
Nueva boda real

El final

Epílogo

Qué fue de sus hijos

Qué fue de los nietos que aparecen en el relato

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

A Sabino, a mi madre, siempre...

Atisbos de esperanza

Tordesillas, marzo de 1517

¿**P**or qué no reacciona como los demás? No protesta, no se queja. Tiene que dolerle..., le ha clavado las púas de la peineta en la mejilla... Y ni un gesto de protesta. ¿Quién puede ser? Solo le ha pedido permiso para retirarse.

—¡Que se vaya! ¡Que se vayan todos y me dejen en paz! ¡¡¡Y tú no sigas peinándome!!! No soporto más esta tortura. Me haces daño. Eso es lo que deseáis todos, acabar conmigo.

—Pero, señora, no sabéis el aspecto que tenéis. Debéis dejar que os arregle —dice la sirvienta con voz firme.

—Yo soy quien decide lo que tengo que hacer. Abandona inmediatamente la habitación. ¡Ya! Te lo ordeno. ¡¡¡Vete!!!

—Está bien. Os dejo, pero sabed que os volverán a encerrar a oscuras —comenta sonriendo la sirvienta mientras abandona la habitación.

Doña Juana, fuera de sí, toma el primer objeto que tiene al alcance de la mano y lo estrella contra la puerta que acaba de cerrarse.

Hernán Duque se encuentra en la sala contigua y al ver salir a la criada se dirige a ella:

—¿Qué es lo que pasa, a qué se debe su terrible enfado?

—Siempre está así. Mosén Ferrer ya habría dado orden de encerrarla. ¿Puedo preguntaros quién sois vos? ¿Por qué no habéis ido a que os curen la herida?

—Es un rasguño sin importancia. Soy el nuevo jefe de la casa de la reina doña Juana.

—¿Vos? —pregunta sorprendida la criada—. ¿Sois vos el que va a sustituir a mosén Ferrer y no la pone en su sitio?

—Dejémosla descansar. Mañana me reuniré con todo el personal.

—¿Manda alguna cosa?

—No, no. Puede retirarse.

Hernán Duque duda unos segundos si llamar a la puerta de doña Juana para presentarse; no ha podido hacerlo en el encuentro tan poco afortunado que han mantenido hace unos minutos. No pensaba ir a cumplimentarla, pero al pasar al lado de su habitación y escuchar aquellos gritos decidió entrar.

La escena le había impresionado: doña Juana, una mujer todavía joven, mal vestida y poco aseada, se debatía furiosa con la sirvienta que intentaba desenredarle el cabello para poder peinarla.

Ninguna de las dos se había percatado de su presencia. Hernán Duque se acercó a ellas, saludando. La reina fuera de sí, al darse la vuelta para ver quién había entrado, sin proponérselo, en un arrebató de ira, le hiere en la mejilla con las púas de la peineta. Él pensó que lo mejor era salir sin decirle quién era.

Ahora tampoco lo hará. Mañana, con el nuevo día y después de asimilar y analizar el encuentro con doña Juana, será el momento de presentarse.



Hernán Duque no quería aceptar aquel puesto, pero el cardenal Cisneros se había empeñado en que así fuera. No deseaba enjuiciar la labor de nadie, y menos la de quien lo había precedido en el cargo, pero era del dominio público el rechazo que todos sentían, en especial los vecinos de Tordesillas, hacia mosén Luis Ferrer, al que acusaban de ser un cruel carcelero y de someter a doña Juana incluso a malos tratos. Algo le había comentado Cisneros al respecto. Él tratará de hacer todo el bien que pueda a la soberana.

Aunque Hernán Duque hubiese cedido a la tentación de enjuiciar el comportamiento del anterior jefe de la casa de la reina, por muy mal que pensase no habría exagerado, porque la realidad era aún peor.

Designado por el rey Fernando para que vigilase el encierro de su hija en Tordesillas, mosén Luis Ferrer había cumplido a rajatabla la misión encomendada. En los casi ocho años que estuvo al frente del cuidado de la reina, el aislamiento al que la sometió fue total. Ni un solo día consintió que doña Juana saliera al exterior del palacio, y por supuesto no se le permitían visitas. Algunos nobles castellanos, que en más de una ocasión intentaron saludar a su reina, se encontraron con la negativa de mosén Luis Ferrer, que inventaba disculpas que ya nadie creía, pero que no les quedaba más remedio que aceptar.

Cuando la reina se negaba a comer, la obligaba a alimentarse, aunque tuviese que llegar a los castigos físicos. Él mismo reconoció haber utilizado la violencia con ella. Otras veces, para conseguir que doña Juana se mostrara obediente o para castigarla por alguna protesta que había protagonizado, la mandaba encerrar en una habitación totalmente a oscuras.

El palacio en el que Juana estaba encerrada había sido creado por iniciativa del rey Enrique III. Estaba situado en las inmediaciones del palacio monasterio de Santa Clara mandado construir por el rey Alfonso XI para celebrar la

victoria en la batalla del Salado, convirtiéndolo en la residencia de su amante, Leonor de Guzmán.

Años más tarde, el rey Pedro I finalizaría las obras de este palacio mudéjar en el que viviría con María de Padilla. En él nacieron sus dos últimos hijos.

Será este monarca quien decida ceder el palacio a la mayor de sus hijas para que lo convierta en convento. Y así fue, después de que el papa Urbano VI, en 1365, aprobara su fundación. A lo largo de los años se fueron realizando obras para adaptarlo a las necesidades conventuales.

Por ello, el nuevo rey de Castilla, Enrique III, al no disponer de residencia en Tordesillas, decidirá la edificación de otro palacio nuevo, que es en el que vive doña Juana.

Es de planta rectangular, con dos pisos de altura. Cuenta con tres puertas. Una al sur, frente al Duero, otra el norte y la tercera mirando al oeste. Tiene un corredor exterior y en la fachada sur se levanta una torre cuadrada, con tres alturas; la última dispone de un pequeño mirador.

En el interior tiene dos patios y una pequeña huerta. Los materiales utilizados en su construcción no habían sido buenos, por lo que es preciso realizar continuas reparaciones.

Doña Juana, la reina cautiva, será su última moradora. A su muerte, el castillo en el que había vivido encerrada más de cuarenta años quiso desaparecer con ella y poco a poco se fue desmoronando en el más absoluto de los olvidos.

Tordesillas era entonces una localidad importante en la que residían más de mil familias. Un lugar castellano muy querido por la historia. Su nombre ha quedado impreso para siempre en el Tratado que en ella se firmó entre los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, y el monarca portugués Juan II.

En Tordesillas estaban muy al tanto de la situación de la reina. Se contaban tantas cosas de su enloquecido comportamiento que ya muchos creían en la locura de doña Juana, aunque todos rechazaban el trato vejatorio al que la some-

tían. Algunos personajes destacados de la villa pensaron en ayudarla en alguna medida, pero poco podían hacer, pues todo estaba autorizado por su padre, el rey Fernando, que, apoyado por el cardenal Cisneros, regentaba el reino en ausencia de su hija, a la que había inhabilitado encerrándola.

El pueblo seguía con cierto dolor los comentarios que atravesaban los muros de palacio. Por eso a la muerte del rey Fernando, en 1516, los vecinos de Tordesillas se sublevarán exigiendo que mosén Luis Ferrer fuera relevado del cargo.

El cardenal Cisneros estaba de acuerdo con las medidas que el rey Fernando había tomado respecto a su hija. De ahí que al fallecimiento de este decida que la reina deba seguir encerrada, mientras él asume la regencia —según el testamento del Rey Católico— en espera de la llegada del hijo de doña Juana, Carlos. Cisneros, por tanto, mantiene el aislamiento de la reina. Pero sí tiene en cuenta las protestas de los vecinos de Tordesillas y la carta que doña María de Ulloa, camarera de la reina, le escribe dándole cuenta de las penalidades a las que estaba sometida doña Juana:

... Sus ojos no pueden soportar la luz, lo cual no es de extrañar, ya que cuando no quería comer la encerraban en un cuarto oscuro hasta que cambiara de parecer. En los últimos tiempos no se le ha consentido entrar al monasterio de Santa Clara, donde se guarda el túmulo de don Felipe que Dios tenga en su gloria. La he encontrado mucho peor de lo que me podía imaginar. Si el estado de nuestra señora mueve a compasión, otro tanto ocurre con la princesa Catalina, que, a punto de cumplir nueve años, no conoce el mundo fuera de este castillo. Quanto haga vuestra eminencia por mejorar la suerte de nuestra señora no dude de que será obra de gran justicia y gratisima a los ojos de nuestro Señor Jesucristo.

En un gesto de cordura, tal vez de compasión, Cisneros cesa a mosén Ferrer en sus funciones y nombra a Hernán Duque, al que conoce muy bien, pues ha luchado a su lado contra los moros.

El hombre en el que se ha fijado es una persona en la que confía sin ningún tipo de reservas. El gesto que el capitán de las tropas castellanas, Hernán Duque, había tenido al ofrecerse a cambio de uno de sus hombres, padre de siete hijos, que había sido hecho prisionero y que iba a ser asesinado por no poder pagar su familia el rescate exigido, le ennoblecía. Al igual que su reacción posterior.

El cambio de prisionero fue aceptado y el rescate solicitado, para liberar ahora a Hernán, se incrementó. No pertenecía este a una familia muy pudiente y su anciano padre para salvarlo decidió el matrimonio de Hernán con una joven con problemas de salud cuyo destino era quedarse soltera, pero de familia campesina con grandes posesiones. Con la dote conseguida por su padre, Hernán Duque fue liberado tras un año de cautiverio. Al poco de regresar a su pueblo contrajo matrimonio, cumpliendo el compromiso paterno. La joven esposa, que se llamaba María Micaela, mejoró a su lado de las convulsiones que padecía, pero al dar a luz en su primer embarazo fallecieron ella y el bebé.

Hernán Duque tomó entonces la decisión de hacerse monje franciscano. Ingresó para cursar el noviciado en el convento de Valladolid y es allí adonde acude Cisneros para proponerle que acepte el cargo de ocuparse de doña Juana.

Hernán Duque muestra sus deseos al cardenal de seguir en el monasterio y rechaza su oferta, pero Cisneros lo convence diciéndole que es la voluntad de Dios. Que nadie mejor que él para intentar ayudar a la desdichada soberana que se ha visto sometida hasta entonces a un humillante trato por parte del responsable de su casa.



Doña Juana no consigue quedarse dormida. Su mente no la deja encontrar la tranquilidad necesaria para entregarse al sueño.

¿Pero es de noche o aún brilla el sol? ¿Cuánto hace que no siento el tibio calor de los rayos solares, que no miro al cielo? ¿Cuánto tiempo que no respiro el aire puro de los campos de Castilla? A veces mi imaginación me lleva por sendas tortuosas, pero son mejores que mi realidad. Hay momentos en que no sé discernir si lo que estoy viviendo es real o una pesadilla. Sí, puede que lo sucedido con ese extraño sea un ensueño. Sí, un sueño, porque todos me odian, y esa persona a la que herí no dijo nada, y me pidió permiso para retirarse, cuando nadie lo hace. Dios mío, no sé desde cuándo vivo en esta casa. He perdido la noción del tiempo. Solo al mirar a mi hija tengo la prueba de que este ha transcurrido. Al llegar a esta cárcel, la infanta Catalina aún gateaba y ahora es una niña que pronto se convertirá en una preciosa jovencita. Ella es mi único consuelo en esta prisión. ¡Pero qué me importa el tiempo! En mi vida todos los días son iguales. ¿Para qué voy a levantarme de la cama? A veces duermo en el suelo. Todos me castigan y yo también lo hago. Quieren que me arregle, ¿por qué voy a hacerlo? Si me han expulsado de la vida. Vine a Tordesillas de acuerdo con mi padre, el rey. Yo no ansío el poder y él me propuso ayudarme en el gobierno de Castilla, algo que acepté confiada. Pero jamás pensé que me encerraría. ¡Mi padre!... Nada está claro en mi cabeza, creo que nunca me ha querido. A veces necesito recordar quién soy, porque ahora es como si no tuviera identidad. Todos me ignoran o me insultan.

Yo soy Juana de Trastámara, tercera hija de los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando. Nací en Toledo, en el palacio de Cifuentes, cuando corría el otoño de 1479. Pude haber llegado al mundo en cualquier otro lugar, ya que la corte era itinerante, se establecía en el lugar en el que viviesen mis padres, que se desplazaban con frecuencia de un lugar a otro en un intento de unir y pacificar el reino. Cuando yo nací, acababan de ganar la guerra a los partidarios de defender los intereses al trono de la sobrina de mi madre, doña Juana, a quien llamaban la Beltraneja, aunque mi madre, la reina Isabel, jamás utilizaba ese término para referirse a ella. El mismo año en el que nací mi padre se había convertido en rey de Aragón por el fallecimiento de mi abuelo, el rey Juan II.

Mi corazón se enternece cuando pienso en mi hermana Isabel. Siempre fue un modelo para mí, quería ser como ella. Tenía nueve años más que yo. Me ayudaba en todo. Nuestros padres estaban poco con nosotros. Teníamos a muchas personas que se ocupaban de que estuviéramos bien; nos educaban, nos alimentaban. A veces alguna de esas personas nos quería, pero echaba en falta a mis padres. Yo era como un juguete para Isabel, que siempre me quiso mucho. Algunas veces acompañábamos a nuestros padres cuando iban a quedarse un tiempo en algún lugar. Así sucedió cuando se establecieron en Córdoba, donde mi madre trajo al mundo a la que sería nuestra querida hermana, María. Con el nacimiento de María y tres años más tarde de Catalina, yo ya tenía compañeras de juegos, pero mi relación con Isabel era muy especial. Prefería estar con ella a pesar de la diferencia de edad o tal vez por ello.

Durante un tiempo alternábamos nuestras estancias entre la ciudad andaluza y Alcalá de Henares. Recuerdo que yo esperaba ilusionada nuestro regreso a Córdoba. Los jardines del Alcázar, en el que vivíamos, eran maravillosos. Siempre me ha gustado estar en contacto con la naturaleza. Muchas tardes paseando con mi hermana Isabel, me hacía

confidencias. Me contaba que pronto la casarían, aunque a ella no le apeteciese, y me aseguraba que a mí me sucedería lo mismo, pero en aquellos momentos me parecía algo muy lejano y no le daba importancia.

Paseando por aquellos jardines vi una vez a un caballero que luego sería famoso porque descubrió para mis padres una nueva tierra. Si no recuerdo mal se llamaba Cristóbal Colón. Creo que fui una niña un poco retraída. Para nuestra madre, la cultura era muy importante. Nos enseñaban latín, literatura, historia, música, canto... Ella nos daba ejemplo, el poco tiempo que le dejaba el gobierno de sus reinos se dedicaba al estudio. Recuerdo que alguna vez pedí permiso para quedarme en la sala donde mi madre y una de nuestras preceptoras, Beatriz Galindo, hablaban de Aristóteles. Yo no sabía entonces quién era ese señor, pero me gustaba escuchar las cosas que decían de él y de sus escritos. A mi padre, el rey, casi no le veíamos. Siempre me sentí muy unida a él, tal vez porque me distinguía de mis otros hermanos diciendo que yo era igual que su madre, Juana Enríquez, muerta mucho antes de mi nacimiento. Yo siempre quise y respeté a mi padre...

Doña Juana pasea nerviosa por la habitación. Parece buscar algo. Mira en una caja de las muchas que allí están apiladas. La tira y mira en otra. Destapa una tercera y tampoco encuentra lo que busca. Abatida, se sienta al borde de la cama.

Soy incapaz de encontrar el retrato de mi hermana Isabel. Cuando llegué a este lugar, traía conmigo los retratos de mi madre y de mi hermana mayor. Seguro que se los han llevado. No me dejan ningún consuelo. Si mi hermana Isabel viviera, se ocuparía por mí. Aún puedo sentir el dolor cuando tuvimos que separarnos. Estaban mis otras dos hermanas, María y Catalina, y aunque las quería, Isabel era mi apoyo y ella lo sabía.

—Mi querida Juanita, ha llegado el momento. Me voy. Ya estoy casada por poderes con el príncipe heredero de Portugal, Alfonso. Solo lo vi una vez cuando éramos niños. Espero que por lo menos sea agradable. Tienes que ser fuerte cuando te llegue el momento de irte. Yo preferiría quedarme con vosotras, pero debo cumplir con mi obligación —me decía mi hermana con su dulce sonrisa.

Nos encontrábamos en Sevilla, donde durante más de quince días se celebraron diversas actividades festivas para conmemorar el enlace de mi hermana. Todos disfrutamos de los festejos, pero a la hora de despedirnos afloraba la pena. Isabel estaba tranquila, pero yo no dejaba de llorar, no quería que se fuera y me aterraba pensar que los próximos seríamos mi hermano, el príncipe Juan, y yo. Recuerdo que le comenté:

—Isabel, ¿y si comunico a nuestros padres que quiero ingresar en un convento?

—No te harán caso y no te dejarán. Querida Juana, pertenecemos a la monarquía y nuestros matrimonios sirven para sellar pactos, respondiendo a los intereses de nuestros padres.

Mi hermana Isabel se fue a Portugal, donde se celebró la boda, a la que no asistimos. Me dio miedo pensar que eso podría pasarme a mí. ¿Cómo comportarme en un mundo totalmente desconocido y rodeada de personas a las que nunca había visto? Pronto nos llegaron noticias. Isabel y Alfonso se habían enamorado. Me alegré tanto por ella. Isabel se lo merecía. Poco duró la felicidad. Antes del año, el príncipe Alfonso moría al despeñarse su caballo por un barranco en Santarém. Yo no dejaba de pensar en mi hermana, por ello me alegré cuando volvió a casa. Nuestra madre decidió que eso era lo conveniente. Isabel no parecía la misma. Nunca olvidaré una tarde que me pidió que la ayudara.

—Ven, Juanita, acércate. La parte de atrás tendrás que cortármela tú.